

EL PERISCOPIO

J.R. Alonso de la Torre



TEMPORADA ALTA

LA Semana Santa es la temporada alta de la España interior, la que hemos descubierto hace poco que se está quedando vacía, la que el resto del año es destino cultural de los viajes del Imsero, pero no de la gente guapa, que prefiere Baqueira en invierno o Ibiza en verano, pero le ve la gracia a eso de pasar el Jueves Santo en Zamora, Teruel o Cuenca descubriendo ritos y costumbres medievales, compensando con espiritualidad la *frivolité* del resto del año.

Esta semana, te puedes encontrar con la *socialité*, los *influencers* y los *royals* esperando los cortejos procesionales de los pasos blanco y azul, encarnado, morado y negro en la avenida Juan Carlos I de Lorca, aguardando la subida del Cristo Negro por los adarves de Cáceres, atentos a la Rompida de la Hora en Calanda, cuando 3.000 tambores atruenan el pueblo durante 26 horas.

La Pasión como espectáculo, también como penitencia, manifestación cultural y recogimiento espiritual, pero con la faceta económica y turística eclipsando todo lo demás.

Durante esta semana, las reservas hoteleras son la noticia más destacada en los periódicos de la España interior. Soria, Jaén y Ciudad Real se sienten Marbella por dos días y dan la razón a Julio Camba cuando escribía, en 1907, sobre el "Aspecto industrial de la Semana Santa", profetizando lo que supondría en 2025 esta semana para la España despoblada: "Lo mejor sería que tuviésemos formidables industrias, pero ya que no las tenemos, debemos mantener cada vez más vivo el prestigio local de la Semana Santa y de las corridas de toros, dos cosas que no serán muy modernas, muy elegantes ni muy científicas, pero nos atraen una constante peregrinación de curiosos".

EN CLAVE DE HUMOR

Ramón



LA VENTANA

Lucía Baquedano



SEMANA SANTA

AUNQUE digamos que todo cambia, hay algo que sigue igual: continuamos mirando al cielo en Semana Santa. Unos para elevar hasta él sus oraciones en los días más importantes para los cristianos y otros por diversas causas que no son ajenas a las fechas. Miran al cielo, suplicando que no llueva, los organizadores de las procesiones; los devotos de ellas, que anhelan venerar a la Virgen o al Cristo de su devoción a su paso por las calles. Con idéntico interés lo hacen quienes han decidido desplazarse a otros lugares para contemplar las imágenes de Saltillo o el Cristo que elevan a pulso los legionarios, o quieren enternecerse con el ángel de Tudela que vuela hasta la Virgen para darle la gran noticia: ¡Tu Hijo ha resucitado! Miran también al cielo los que quieren disfrutar los días vacacionales en la montaña o la orilla del mar, y como todos, desean que la lluvia no enturbie el descanso. Muchos invertirán la mitad del tiempo en el desplazamiento y sería terrible que en el que les queda no puedan pisar la playa. Y seguro que además del cielo, son las carreteras lo que miran los responsables de la seguridad vial, ya que son muchos, muchísimos, los vehículos que las llenan en estas minivacaciones y unas lluvias torrenciales o molestos sirimiris pueden poner nerviosos a los conductores haciéndolos cometer alguna imprudencia. Operación salida, operación retorno, millones de coches por carreteras y autopistas, y con lluvia todavía peor, dirán. Porque aunque lo parezca, el mundo no ha cambiado. Si recordamos las semanas santas de nuestra niñez veremos que cada año los responsables se interrogaban sobre la conveniencia de salir o no la procesión por la amenaza de lluvia, las carreteras se llenaban de autobuses que traían o llevaban estudiantes y desplazados que querían pasar esos días en sus casas, y muchas jovencitas, en todo influía el clima, se preguntaban si podrían estrenar el primaveral traje que acababa de llevarles la modista.

Una esperanza actual

El cristianismo no es un museo. Es una forma de estar en el mundo. Una manera de tratar a los demás

CADA primavera, la Semana Santa vuelve a nuestras calles, no como un recuerdo del pasado, sino como un testimonio vibrante y actual de una forma de vivir, de sentir y de ser. Porque ser cristiano hoy, en 2025, no es algo anticuado ni ajeno al presente; es una decisión valiente, comprometida, moderna... y profundamente humana.

Ser cristiano no es sentirse superior, ni ir por la vida como si uno tuviera todas las respuestas. Al contrario: es reconocer que cometemos errores, que a veces fallamos, pero que tenemos la capacidad -y el deber- de mirarlos de frente, aprender de ellos y trabajar para que no se repitan. Es tener conciencia, asumir responsabilidades y vivir desde la esperanza, no desde el juicio.

La Semana Santa y la Pascua, especialmente en este año del Jubileo de la Esperanza, nos invita a mirar la vida con ilusión, a no dejarnos aplastar por el pesimismo ni la indiferencia. En un mundo que a menudo parece girar en torno a la prisa, el ruido o el desencanto, vivir con esperanza es un acto revolucionario. Y no, no es cosa de abuelas o de gente que ya no tiene nada que hacer. Es cosa de todos, de niños, jóvenes y mayores. De quienes quieren construir un presente con sentido y un futuro con alma.

La Semana Santa nos ofrece, cada año, un recorrido que va más allá de las procesiones o los pasos. Nos acerca al miedo, la soledad, el abandono... pero nos muestra modelos que los superan, que esperan, confían y acompañan incluso cuando todo parece perdido. Vemos la cruz, sentimos la injusticia, vivimos la muerte, y hay quien sigue ahí, quien no se rompe. Quien permanece firme, con esperanza, aunque no tenga

respuestas. Quien no huye, no grita, no pierde la fe. Su actitud es profundamente moderna, porque es profundamente humana. En un mundo que nos empuja a tirar la toalla ante la primera dificultad, hay una Madre que nos enseña que tener esperanza no es ser ingenuo, sino fuerte, resistente y paciente.

Ser cristiano, celebrar la Semana Santa, es vivir convencido de que siempre hay una salida, una luz, un motivo para seguir caminando. Eso es vivir con esperanza. Y eso es más actual que nunca.

Eradio Ezpeleta



forma de mirar al otro con respeto, de buscar el bien común, de ser personas íntegras, alegres y solidarias.

Por eso, la Semana Santa no es una tradición que se conserva, sino una experiencia que se renueva, que nos rejuvenece, que nos interpela y que nos impulsa. Ser cristiano hoy es un acto de fe, sí. Pero también de coraje, de amor y de compromiso. Y no hay nada más moderno que eso.

Eradio Ezpeleta Iturralde. Prior de la Hermandad de la Paz y Caridad, portadora de la Virgen Dolorosa de Pamplona.